

Problemas de la periodización en las historias de la literatura colombiana: balance crítico

Gustavo Adolfo Bedoya Sánchez

Resumen

El presente artículo centra su atención en las diversas formas que los historiadores literarios han utilizado para organizar aquello denominado como “literatura colombiana”. Se trata de la evaluación periodológica de 140 años de historia literaria que separan al año 1867, fecha de publicación de la primera historia de la literatura colombiana, hasta nuestros días.

Palabras clave

Estudios Literarios, Historia de la Literatura Colombiana, Historiografía Literaria, Periodización Literaria, División Literaria.

Abstract

This article focuses on several methods the literary historians have used to organize what is called *Colombian Literature*. This study evaluates the periodization of 140 years of literary history from the year 1867, when the first history of Colombian literature was published, to the present.

* Magíster en Literatura Colombiana de la Universidad de Antioquia. Profesor de la Facultad de Comunicaciones de la misma universidad. El presente artículo hace parte de los resultados parciales del proyecto de investigación: Los procesos de canonización de la novela colombiana en la historiografía nacional (CODI, Universidad de Antioquia). Contacto: gustavoadolfo00@yahoo.com

Key words

Literary studies, history of Colombian literature, literary historiography, literary division, literary periodization.

El conocimiento sistémico de lo literario solo se genera con el fraccionamiento del tiempo y la aprehensión de los fenómenos literarios desarrollados en él. Por ello, para los estudios literarios —y en general para cualquier otra ciencia o disciplina—, la clasificación ha sido un principio básico: ordenar la literatura es el primer paso para lograr su propio estudio.¹ Así, convertida en uno de los mayores desafíos para los estudiosos, la periodización de la literatura colombiana, en sus historias, ha contado con una serie de recurrencias y singularidades, que esperan desde hace mucho tiempo una evaluación. Esta tarea se hace inaplazable hoy en día, sobre todo cuando la idea de llevar a cabo un proyecto histórico-literario interinstitucional ronda las mentes de los investigadores.²

Consideraciones previas

Antes de iniciar el análisis particular de las diversas formas en que las historias literarias han periodizado su objeto de estudio, cabe mencionar que aquello denominado como “periodización” (en este caso de la literatura) hace alusión —exclusivamente— a la utilización de los también denominados “periodos literarios”, definidos como “espacios de tiempo determinados” en los

1 Como se puede observar, la sistematización de lo literario ha sido perseguida desde los inicios: Platón (*República*, libro III) distinguió los *modos* de ficción poética en relación con la *mimesis*. Aristóteles (*Poética*) construyó la primera teoría de los géneros literarios y su diferenciación. Teofrasto (recogido por Horacio en *Epístula ad Pisones*) estableció las singularidades sobre el estilo. Cicerón (*Particiones Oratoriae*) y Quintiliano (*Institutio*) clasificaron las modalidades discursivas y las figuras literarias. Durante los siglos XIV-XVIII se hicieron frecuentes los estudios de la literatura siguiendo el patrón genérico, como lo demuestran las obras de J. Badio Ascensio, G. Robortello, S. Minturno, J. C. Escalígero, T. Tasso, L. Castelvetro, A. López Pinciano, L. A. Carvallo, F. Cascales, N. Borleau, I. Luzán y L. A. Muratori. En el siglo XIX aparecieron los estudios de Víctor Hugo, la minuciosa tipología del género literario de Hegel, y la concepción positivista de los géneros como organismos sujetos a leyes biológicas de F. Brunetière, por nombrar tan solo los trabajos más reconocidos. A principios del siglo XX, B. Croce consideró inservible la noción de género en cuanto singularizadora del conocimiento literario, ya que cada obra literaria es única y por lo tanto, irrepetible e inclasificable. Luego se sucedieron las posturas teóricas del formalismo ruso, el estructuralismo, el postestructuralismo, la recepción, ellas en manos de hombres tales como B. Tomachevski, T. Todorov, G. Genette, C. Guillén, H. R. Jauss, M. Foucault, etc.

2 O por lo menos eso quedó dicho en el Encuentro Nacional de Investigadores en Literatura, celebrado en el Centro de Convenciones Quirama (Carmen del Viboral-Antioquia) en el mes de octubre de 2005. Véase Vallejo: 2005.

que se encasillan obras, autores, fenómenos literarios, etc. (Estébanez: 1996, 826). Sin embargo, si queremos ser estrictos con el conocimiento literario, no podemos creer (y mucho menos enseñar) que los periodos literarios son los únicos parámetros existentes que permiten la división del proceso literario. Es claro que en este terreno tan resbaladizo la práctica tiende a sobrepasar las fronteras de la teoría, y por ello basta con observar las historias de la literatura colombiana para hallar en su interior otras formas de ordenación y asociación, ya no temporales como lo suponen los periodos, sino también asociativas: es el caso de la agrupación de obras, autores y fenómenos, unidos por parámetros culturales; o la agrupación estructural de textos literarios atendiendo a las similitudes temáticas o de género literario.

Así, se hace necesaria la evaluación del concepto periodización, ya que si no cabe duda de la necesidad de una periodología (es decir, de una disciplina encargada de estudiar las formas en que debe ser dividida, agrupada, la literatura), es claro que si queremos darle espacio a todas las formas existentes en que se ha organizado la literatura, la misma definición de periodización debe ser ampliada. Se necesita de un concepto que en lugar de hacer alusión tan solo al fraccionamiento temporal, acoja las preocupaciones en torno a la segmentación de la literatura, su aprehensión, así como el significado al que queremos aludir y, en los casos en que se pretende el análisis histórico, de un espacio específico como puede ser una nación, la aclaración de lo que se debe entender por ésta. Por ello, para el presente artículo ha sido indispensable la comparación y evaluación de aquellas premisas a la hora de pensar el método que cada una de las historias de la literatura colombiana ha utilizado para presentar su propio desarrollo de la literatura.

La periodización de la literatura colombiana en sus historias

Los estudios acerca de la historia literaria colombiana cuentan con 140 años de tradición, si acaso damos por sentada la existencia de la disciplina tan solo por la publicación de documentos que tienen como fin el análisis histórico-literario. Durante estos años han sido diversos los enfoques teóricos que se han propuesto como meta la organización de la literatura nacional, lo que es apenas lógico al pensar que la primera historia fue escrita a finales del siglo XIX. De esta forma, también han sido diversos los objetivos y las intenciones

que han guiado el trabajo de los historiadores literarios; así, puede decirse que cada historiador, o más bien, que cada historia se ha sustentado en una serie de juicios (y prejuicios) sobre la literatura y su propio estudio, junto con unos —mal que bien— métodos periodológicos.

Empecemos por decir que las diversas maneras de periodizar la literatura colombiana han cambiado tanto como su mismo objeto. La ‘literatura colombiana’ —parece lógico— es el objeto a historiar por una ‘historia de la literatura colombiana’; sin embargo, es claro que lo que se ha entendido por ella ha cambiado radicalmente a lo largo del tiempo. Véase cómo al inicio de nuestra tradición histórico-literaria (Vergara: 1958), los documentos jurídicos, las crónicas de Indias, los cancionerillos, al igual que las noticias sobre la fundación de una ciudad, de una escuela o de una tertulia, eran datos de interés para la historia literaria. Al fin y al cabo se trataba de demostrar cómo un territorio, llamado en aquel entonces Nueva Granada, poseía los mismos elementos culturales de otras naciones ya independientes. Con el paso del tiempo, los historiadores incluyeron dentro de lo que se consideraba literario las expresiones “precolombinas”, al mismo tiempo que manifestaciones tales como el periodismo, la oratoria, la filología, además de resaltar algunos nombres de los próceres de la Independencia (Gómez Restrepo: 1918, 1926a y Otero Muñoz: 1928, 1935). Asimismo, a principios y mediados del siglo XX, algunas historias literarias —escritas en su mayoría por religiosos—, reprobaron ciertas obras y autores o, en el mejor de los casos, los censuraron por no ir acorde con la moral de la época (es el caso de Ruano: 1918, 1925, quien decide ubicar un asterisco al lado de dichos títulos, la mayoría obras de José María Vargas Vila).³ A finales del siglo XX empezaron a aparecer materiales mucho más estrictos en la definición de lo que daban por sentado como literatura, amparados en consideraciones estrictamente académicas como en el *Manual de literatura colombiana* (1988). También es claro el ejemplo de cómo lo indígena empieza a ser tratado con

3 Curiosamente, el temprano trabajo de Matos Hurtado (1925) apunta que: “El estudio de la Literatura debe considerarse como *ciencia*, como *educación estética* y como *arte*” (7), consideraciones estas que no aparecen ni siquiera en los trabajos de mediados del siglo XX de Gómez Restrepo ni tampoco en muchos textos de finales del siglo XX e inicios del XXI, donde la visión que se tiene de la literatura se limita a su esfera artística como objeto digno solo de contemplación. De igual forma, Matos intenta conceptualizar sobre la labor que él realiza, es decir, sobre lo que él llama con mayúsculas iniciales: Historia de la Literatura, o el “estudio del movimiento de la instrucción de un pueblo” (7), lo que supone el número y la índole de los escritos y las ideas que han imperado en las épocas de los pueblos.

mayores especificaciones (Orjuela: 1986, 2002) al igual que las manifestaciones literarias femeninas y homosexuales (Jaramillo: 1991, 1995, 2000), o diversas manifestaciones tildadas de posmodernas (Rodríguez: 2002).⁴

Lo mismo puede decirse del significado que para los historiadores ha tenido el nombre de Colombia; así, las primeras historias se centraban en las manifestaciones culturales desarrolladas en el centro del país. Con algunas excepciones se llamaba a lista a autores tales como Jorge Isaacs y la literatura antioqueña (Cortázar: 1908) para que engrosaran la enumeración de los autores colombianos. Poco a poco las historias acogieron otras zonas geográficas en sus historias y hoy en día se piensa en, por ejemplo, la literatura escrita por exiliados o la literatura escrita por colombianos en otras lenguas (Jaramillo: 2000).

Aunque parezca que la nación ha sido el criterio base del objeto literario a historiar, existen tempranos y numerosos ejemplos de historias literarias regionales que hacen pensar lo contrario. Es el caso del departamento de Antioquia que cuenta con el mayor número de historias literarias publicadas hasta el momento, sobre lo que se supone, es su *singularidad literaria*.⁵ Dichas historias han analizado en forma general la literatura antioqueña (Morales: 1987, Zuleta: 2000), aunque la mayoría se centra en un género literario, por ejemplo, en el teatro (Sanín: 1924, Gónima: 1973, Viviescas: 1992, Tejada: 2003), siendo además Bronx (1980, 1994, 1995) quien más ha escrito sobre la literatura del departamento.⁶

4 Recalcamos: aunque parezca un problema que debían resolver las primeras historias literarias, hoy en día es claro que manifestaciones tales como el guión cinematográfico y el televisivo hacen surgir el clásico cuestionamiento: ¿qué se debe entender —antes de periodizar la literatura colombiana— por el mismo concepto de literatura colombiana?

5 La historia fundadora de tal tradición data del año 1872 y fue escrita por Juan José Molina.

6 Cabe resaltar que además de la región cundiboyacense (Ortega: 1927, Rincón: 1939, Correa: 1942, Landínez: 2003) y vallecaucana (Martínez: 1958, Ramos: 2002, Malatesta: 2003), existen otras regiones bastante historiadas, tales como la nariñense (Chamorro: 1987; Caicedo: 1990; Álvaro: 1988,) y en los últimos años, el Caribe en general (Vargas, Germán: 1986; Múnera: 1994; Ávila: 1996; Bastidas: 2001; Díaz, Jaime: 2002; Romero, Luis: 2005), el Sinú (Díaz, Fernando: 1998; Garcés: 2000), el Quindío (Ocampo: 2001, 2004) y Caldas (Vélez: 2003). También, aunque en menor medida, existen intentos desde Colombia por historiar ya no la nación o la región, sino el continente (Peña: 1987, Alvarado: 1995). Finalmente, cabe mencionar el singular caso de Gustavo Otero Muñoz que en el año de 1942 llevó a cabo la escritura de Historia de la literatura universal.

Los métodos clásicos de periodización literaria, fundados sobre criterios cronológicos,⁷ y utilizados en su mayoría por las naciones europeas, han tenido su correspondencia en las historias de la literatura colombiana. Es el caso de la ya nombrada primera historia literaria de la nación. Vergara y Vergara selecciona como objeto de su análisis los años 1538-1820, enmarcados en dos procesos históricos de la Nueva Granada, como son la Conquista y la Independencia.

A principios del siglo XX, Antonio Gómez Restrepo (1926b) y Gustavo Otero Muñoz (1928) centran sus historias en periodos definidos: los últimos años del siglo XIX y la Colonia, respectivamente. En la segunda mitad del siglo XX este tipo de periodización toma cierta acogida con los documentos de, entre otros: Bronx (1954), Caparrosó (1961), Camacho (1965, 1978, 1978/79), Gutiérrez (1978/79), Gómez Ocampo (1988) y Pöppel (2000). Estas historias reconocen en el devenir literario nacional la relación de la literatura con momentos históricos puntuales tales como la Conquista, la Colonia, la Independencia, la República, además de ciertos momentos considerados coyunturales para el historiador, como en el caso de los siglos XVI-XVII, finales del siglo XIX e inicios del XX.

El historiador que más ha utilizado dicho método es Camacho Guizado, quién, además, cuestiona su utilización a la manera clásica, es decir, la tendencia a pensar que dentro de las secuencias cronológicas se halla el verdadero significado de lo literario. El autor plantea que características tales como la imitación y la asimilación de los modelos literarios europeos, así como la inclusión de elementos autóctonos marcan el verdadero siglo XIX de la literatura colombiana. Es decir, el historiador-literario crea su propio siglo XIX, ya no cronológico o histórico, sino literario, en consonancia con su objeto de investigación.

Otro caso singular lo ofrece la publicación de H. Pöppel, quien responde con la elección de los años veinte como resultado de la lectura de los críticos de la

7 O momentos temporales, donde se ordenan autores, obras, movimientos, escuelas, etc. de la literatura de un territorio específico. A este método derivado de la historia política (Petrarca), se le acusa de simplificador y escasamente funcional. Es el caso de la Edad (Antigua, Moderna), la Época (Época de los Reyes Católicos), el Siglo (Siglo de Oro), la Generación (concepto prestado de la historia de la filosofía. En el caso de la literatura: Generación del 98) y el Periodo (introducido por la historia contemporánea), que puede ser: histórico definido (que hace alusión a un momento específico de la historia donde se comparte algún tipo de preferencia: la literatura de la violencia), o coyuntural (cargado de significado por las relaciones que el historiador cree hallar: la literatura de fin de siglo, la literatura de los años 1920).

literatura latinoamericana, que han visto en dicha década el surgimiento de los movimientos de Vanguardia y, para Colombia, el ingreso al siglo XX moderno. Además de historiar la poesía de la época, el análisis de Pöppel comprende la lectura de algunos fenómenos que se anticipan, así como la explicación de conceptos claves, necesarios en su estudio, como el de *modernización parcial*, desde la teoría webberiana, y la debida contextualización de la época seleccionada. Todo ello a diferencia de la mayoría de los historiadores que dan por sentadas las características que envuelven los periodos de tiempo seleccionados, ya sean históricos o coyunturales.

Cabe anotar también que dentro de dichas historias se abren igualmente otros procesos claros de periodización, por ejemplo, la división de la literatura de dicho periodo en los diversos movimientos literarios (es el caso de Gómez Restrepo: 1918, 1926b y Bronx: 1954 que registran las manifestaciones literarias realistas, románticas y modernistas del siglo XIX y principios del XX).

Como se ha visto, la periodización de la literatura según parámetros temporales (ya sean históricos o no) cuenta en el contexto nacional con una serie de importantes publicaciones a lo largo del tiempo. Es más, a nivel mundial, el discurso crítico habla ya de unos momentos específicos, supuestos sintetizadores semánticos de la literatura universal, como son la Antigüedad, el Medioevo y lo Moderno. Sin embargo, así como estas casillas han empezado a ser cuestionadas en el mismo discurso historiográfico y literario, en el discurso de la historiografía literaria latinoamericana parece haber perdido todo su atractivo, si es que en algún momento lo tuvo.

No obstante, en América Latina se han utilizado otros tipos de etiquetas tales como Descubrimiento, Conquista, Colonia, Independencia y República. Como es sabido, para el siglo XIX, se tiende a plantear una evolución de los estilos y movimientos literarios, tales como: romanticismo, costumbrismo, realismo y naturalismo. Tan solo algunas historias literarias incluyen el momento previo a la llegada de los europeos y lo denominan como lo precolombino o lo aborígen. Sin embargo, este periodo es visto en términos de un subproducto o manifestación anterior a las grandes letras, es decir, a la influencia de lo español.⁸ La adaptación directa de los momentos europeos a

8 Como ya se señaló arriba, este es un problema que se puede resolver planteando el tipo de historia literaria que se quiera hacer, es decir, en la definición de lo que se entenderá por literatura, en si dicha definición acoge por ejemplo las manifestaciones indígenas que tienen más que ver con la ceremonia y el culto, en lugar de

la literatura latinoamericana se ha mostrado forzada, pues ¿cómo hablar, por ejemplo, de Renacimiento en América? ¿Qué era exactamente lo que renacía? ¿O qué decir acerca del neoclasicismo? Cada momento histórico coyuntural o cada fecha específica de periodización, se supone, se convierte en un lapso temporal cargado de significado para la agrupación de obras y autores. De esta forma se cree que tanto la Independencia como la época de la Violencia colombiana acogen las manifestaciones culturales dadas en aquel momento. Dicho método presupone, además, a la obra literaria y a su autor como parte de un proceso social protagónico. Se parte del supuesto de que el hecho histórico se constituye en la esencia de la realidad y, por consiguiente, terminará afectando a los artistas. No está de más resaltar que lo anterior atenta contra la autonomía y el desarrollo propio de la literatura, al considerarla tan solo como un “epifenómeno de los factores políticos y sociales” (De Aguiar e Silva: 1986, 245), y no como parte de un proceso social donde una y otra se interrelacionan. Warren y Wellek (1985) en su clásico libro, apuntan:

La mayoría de las historias literarias establecen la división en periodos con arreglo a los cambios políticos. La literatura se entiende, pues, determinada completamente por las revoluciones políticas o sociales de una nación, y el problema de determinar los periodos se deja a los historiadores políticos y sociales, cuyas divisiones y épocas suelen admitirse sin discusión (316).

La literatura no debe entenderse como simple reflejo pasivo o copia servil del desenvolvimiento político, social o aun intelectual de la humanidad. Por tanto, el periodo literario debe fijarse mediante criterios puramente literarios (318).

De esta forma, parece que la concepción temporal europea no puede ser considerada paralela a la de América Latina. Por ello, es vital marcar más que fechas, sistemas semánticos del saber literario latinoamericano como proceso social:

la recreación de la realidad en la ficción propiamente literaria. Sin embargo, no deja de ser interesante ver que la lectura de lo aborigen como mero momento del pasado ya olvidado es errónea, ya que si se quiere, este elemento puede ser rastreado aún hoy. Su presencia se siente más que nunca a nivel cultural y político. En lo literario ha permeado, además, las manifestaciones de, por ejemplo, Bartolomé de las Casas, Miguel Ángel Asturias, Jorge Luis Borges (o por lo menos en su relato “El evangelio según San Marcos”), y qué decir de la gran influencia que ha ejercido en la literatura del Brasil, donde ha traspasado la mera función de elemento decorativo. De igual forma, la influencia de lo negro (también de alto contraste en el Brasil) es básica, así como en menor medida la influencia eslava y asiática, que indudablemente configuran parte de lo considerado propiamente como literatura latinoamericana.

Aquí —en la formación de centros de gravedad literarios, condicionados por distintos factores históricos, políticos, económicos y sociales— reside la fuente de la futura diferenciación de la literatura latinoamericana, en mucho mayor medida que en la conciencia nacional. Esto se pone de manifiesto hoy, entre otras cosas, en el hecho de que dentro de cada país pueden establecerse síntomas de diferenciación casi tan marcadas como los que se dan entre una república y otra (Grossmann: 1972, 667).

Paralelos a las categorías cronológicas que han servido a la historia literaria universal para la división de su material, se han presentado criterios denominados “asociativos” que, de igual forma, han sido emulados por los historiadores de la literatura nacional. De esta forma, el primer movimiento literario historiado en Colombia fue el romanticismo en el libro de Ospina (1927), el realismo hasta el momento no ha recibido ninguna historia y el modernismo —puede decirse— ha recibido un número mayor de atenciones gracias a las publicaciones de, entre otros, Maya (1961) y Charry Lara (1985). La única tertulia historiada ha sido la Gruta Simbólica (Mora: 1936, Peñarete: 1969), así como a finales del siglo XX lo fueron el grupo Golpe de Dados (Alstrum: 2000) y la corriente nadaísta (Romero: 1988). En su mayoría, estos trabajos cumplen una función antológica, de ahí que sea el género poético el más beneficiado desde este tipo de división literaria.

Las historias más sobresalientes son las de Ospina y Maya, quienes dedican gran parte de su trabajo a intentar discernir el significado de los movimientos que historian para la nación colombiana. Ospina (1927) inicia su estudio con la indagación del término en las literaturas europeas, exactamente en Alemania, Inglaterra, Francia y España, para cerrar su libro con la concepción de lo romántico en Colombia. Maya (1961) también rastrea los orígenes de su movimiento, en este caso el modernismo, en las influencias europeas, así como se centra en las figuras claves para Colombia: Valencia y Silva, además de los

9 Vinculación de obras y autores por afinidad artística, estilística, cultural, etc. Es el caso de la tertulia o cenáculo (grupo de escritores que intercambian opiniones sin compromiso artístico alguno), el salón (reunión cuya participación atrae una inquietud ideológica, política), la academia o escuela (asociación artística que supone la existencia de un líder que transmite a sus discípulos unos ideales estéticos y políticos para poner en práctica: los trovadores provenzales, los escritores del Mester de Clerecía), la corriente (tendencia intelectual y estética, que poco a poco empieza a imponerse en el ambiente), el movimiento (agrupación de autores que comparten la influencia de determinadas corrientes literarias, estéticas, y por supuesto, ideológicas, en contra del movimiento anterior. El movimiento no supone su conciencia: Realismo; ni tampoco la existencia de un líder, aunque en algunos casos los ha tenido: Víctor Hugo para el Romanticismo, Emile Zolá para el Naturalismo y André Bretón para el Surrealismo).

denominados detractores: Carrasquilla y Mora, hasta los últimos “impulsos” modernistas en Rivera.

En América Latina ha sido tradicional el uso de las denominaciones de las épocas literarias europeas. De todos modos, el Viejo Continente se ha constituido en nuestro referente, incluso después de la independencia política. No obstante, es claro que América Latina siempre ha buscado sus propios caminos de desarrollo y, por ello, la aplicación automática de sistemas extranjeros no le ha sido útil, pues es un hecho que, en lo que a la literatura hispanoamericana se refiere, es difícil hacer la distinción tajante de los movimientos literarios tal como parece ser la norma en Europa. Esto sin contar con que el camino que las expresiones artísticas de cada uno de los continentes recorre no es exactamente el mismo. De ahí que se deban considerar circunstancias, tales como la censura religiosa al igual que la “demora” natural con la que un movimiento francés o alemán podía recorrer Europa, hasta llegar a la península Ibérica y luego al continente americano, primero a las capitales de sus naciones y, por último, a los pueblos y ciudades menores. Por ejemplo, en algunas naciones latinoamericanas no se llegó a hablar del naturalismo porque sus postulados contradecían los dogmas católicos. Por ello, el discurso historiográfico actual plantea interrogantes tales como ¿por qué hablar de América Latina y sus naciones como territorios extemporáneos literariamente? Pregunta que responde Ángel Rama (1985) al demostrar cómo el proceso latinoamericano es distinto al llevado a cabo en Europa.

La implantación de los movimientos europeos en la realidad latinoamericana cuestiona seriamente la misma utilización de aquellos, para unos objetos que no nacieron exactamente bajo su única influencia: ¿cómo hablar de la exotividad romántica europea en América, cuando por ejemplo, la selva virgen se constituye en una realidad cotidiana del escritor latinoamericano? De allí la imprecisión histórica-literaria de las historias al señalar “debilidades” en la literatura latinoamericana con respecto a la europea en casos como el desarrollo de la novela picaresca que en España nació —según sus historiadores— en 1554 con la publicación del *Lazarillo de Tormes* y finalizó en 1743 con *Vida de Torres Villarroel*, cuando en América apenas “nació” en México en 1816 con *El periquillo sarniento* de Fernández de Lizardi. En el mismo sentido, no es legítimo hablar de *María* de Jorge Isaacs como obra cumbre del romanticismo, en exacta concordancia con el europeo, si fue escrita en 1867, año en que el

romanticismo europeo ya había desaparecido de la escena principal. Lo mismo sucede con la obra de Tomás Carrasquilla en Colombia, quien publicó una novela sobre la Colonia, con un tratamiento altamente realista, en una época en que el modernismo imperaba.

Es claro que para América Latina las corrientes y los movimientos no se experimentan como antítesis sino como elementos permanentes, no contradictorios, de allí la alta gama de subtítulos que ha ganado cada uno de ellos, tales como romanticismo-realista, realismo-romántico, etc.¹⁰ A su vez, es claro también que la utilización de estas “etiquetas” debe ir acompañada de su respectiva definición, cosa que no sucede con los historiadores y los críticos que, la mayoría de las veces, dan por sentada la acepción de aquellos conceptos. Es típica la denominación de las obras literarias y de sus autores a partir del encasillamiento en estos rótulos. Por ello, *Manuela* y su autor Eugenio Díaz son costumbristas, *María* y Jorge Isaacs (el caballero de las lágrimas) son románticos, Tomás Carrasquilla es un costumbrista de la región, o un realista (en algunos momentos visto esto último peyorativamente), *De sobremesa* y su autor, modernistas junto con José Eustasio Rivera y *La vorágine* y, finalmente, Gabriel García Márquez y *Cien años de soledad*, hijos del realismo-mágico. Sin embargo, la inscripción de una obra o de un autor en dichas manifestaciones son semánticamente productivas si el lector (y hasta el mismo historiador) tienen conocimiento exacto de lo que cada una de ellas significa. En últimas, denominar una obra como romántica tiene sentido si se clarifica la naturaleza del movimiento, su desarrollo a través de las naciones y del tiempo y, por supuesto, sus características que dialogan con la misma obra y con otras obras anteriores o posteriores. Es decir, la inscripción de las obras en estos rótulos debe permitir el enriquecimiento literario entre autores, las obras mismas y sus singularidades y no limitar su valor estético, reduciendo su radio de acción simplemente por el tipo de denominación que ganó de un historiador.¹¹

10 El mismo proceso se vierte en casos tales como los del modernismo y el creacionismo, manifestaciones propias de Hispanoamérica surgidas en 1888 con la publicación de *Azul* de Rubén Darío y en 1914 con los manifiestos de Huidobro, respectivamente. En el caso del modernismo pasó casi una década entera para que apareciera en España, mientras que gracias a Pierre Reverdy el creacionismo llegó a Europa y se manifestó en algunas vanguardias dos años después de declararse como tal en Hispanoamérica (Grossmann: 1972, 40), lo que abre la discusión de qué hacer entonces con el *Boom* literario latinoamericano y el realismo mágico.

11 Actualmente en la Academia empiezan a darse trabajos de investigación que cuestionan la implementación gratuita de este tipo de periodización. Más exactamente, en la Maestría en Literatura Colombiana de la

Otro tipo de clasificación que sigue parámetros asociativos y que ha sido adaptado para la literatura colombiana es la controversial teoría de las generaciones. Los responsables: Pachón (1988), Orjuela (1992) y más recientemente Mejía (2002). Como se sabe, el método generacional se gestó a finales del siglo XIX con los trabajos de Dilthey sobre Novalis, pero adquirió cierta popularidad gracias a los trabajos de Petersen, Ortega y Gasset y D'ors en la segunda década del siglo XX. A lo largo de su historia ha contado con ciertos exegetas, pero su popularidad se debe quizá a los mayormente recordados comentarios de sus detractores, entre ellos Borges y el colombiano Gutiérrez Girardot, el último de gran importancia para los estudios sobre la literatura latinoamericana y en especial, colombiana. Por ello sorprende que los trabajos histórico-literarios colombianos que siguen este sistema sean relativamente tan cercanos, ya que hablamos de finales del año 1988, cuando por ejemplo, los trabajos de Gutiérrez (1986) cumplían dos años de ver la luz de la publicación.

Aunque el trabajo de Mejía (2002) posee un mayor número de características críticas que histórico-literarias, llama a un grupo de autores “generación mutante”, ya que, según el crítico, dichos autores poseen ciertos rasgos que logran caracterizarlos: hibridación de la cultura popular, utilización de fenómenos culturales tales como el comic, el escepticismo ideológico, la relación con las tecnologías virtuales, etc. De esta forma se puede observar que la concepción de generación es utilizada aquí de una forma muy general, que poco tiene que ver con los postulados de, por ejemplo Ortega y Gasset o el crítico alemán Petersen. Este último, responsable de las numerosas condiciones que garantizan el artefacto generacional (la herencia, la fecha de nacimiento, la pertenencia a grupos culturales o ideológicos determinados, etc.). El caso contrario parece darse con los documentos de Pachón y Orjuela, que plantean diversas generaciones de autores, quienes por ejemplo, comparten características estilísticas, temáticas y similitud en las fechas de nacimiento. Sin embargo, entre las dos propuestas hay una distancia metodológica difícil de salvar. El estudio de Pachón, aplicado a la historia del cuento colombiano, no cuenta con una aclaración conceptual anterior que explique la elección e importancia del método; todo lo contrario

Universidad de Antioquia se llevó a cabo el trabajo de tesis “El concepto de realismo en cinco historias de la literatura colombiana” (Bedoya: 2006) y en curso, se desarrolla el mismo trabajo de indagación historiográfica en las historias con el concepto de romanticismo.

al estudio de Orjuela que en la Introducción de su trabajo desarrolla un marco conceptual y metodológico. Orjuela posee uno de los pocos estudios histórico-literarios del siglo XX que no dudan en llamarse historia, además de aclarar el método que utilizará. En su caso, demuestra la convivencia de múltiples elementos sociales y culturales a lo largo de las épocas, lo que integra las diversas tendencias literarias dentro de una misma generación (las cuales abarcan un promedio de 30 a 50 años). Esto —teóricamente— le permite dar cuenta de una particular “visión de mundo”, a la que le corresponde un “estilo literario epocal”, en la cual se ubican los escritores que imponen dicha tendencia y que pertenecen a una generación literaria nacida en una determinada “zona de fechas” (1992: Tomo I: 26 y ss.).¹²

Un método más, utilizado desde los inicios de las investigaciones literarias, y que ha contado con una amplia recepción en la literatura colombiana, ha sido el método netamente literario que busca la singularidad de la forma literaria para la clasificación. Es decir, el análisis del género literario. Este método estructura las más recientes y consideradas importantes propuestas de historia literaria, como es el caso de *Historia de la poesía colombiana* (1991) editado por María Mercedes Carranza y *Literatura y cultura: narrativa colombiana del siglo XX* (2000) compilado por María Mercedes Jaramillo, Betty Osorio y Ángela Inés Robledo. La importancia de esta clasificación radica, aparentemente, en el poder que tienen cada uno de los géneros para expresar las singularidades literarias de una forma artística, forma que a su vez porta una especie de esencia, ya sea épica, lírica o dramática.

El género más historiado hasta el momento ha sido la novela; de todos modos no es gratuito que la primera historia en seguir este parámetro sea la tempranamente aparecida *La novela en Colombia* de Roberto Cortázar Toledo, así como que a lo largo de los años haya coleccionado algunos de los más importantes estudios, tales como el de Curcio Altamar (1957), los de los diversos colombianistas (Menton: 1978 y Williams: 1981, 1991) y los de Pineda Botero (1990, 1999, 2001, 2005). De igual forma, hay que rescatar algunas historias que analizan estrictamente solo ciertas manifestaciones del género. Por ejemplo: la novela femenina (Luque: 1954), la novela histórica (Mc. Grady: 1959), la novela de protesta social (Guanson: 1978) y la novela policíaca (Pöppel: 2001).

12 Para el tema véase Trujillo, Patricia (2003).

Le sigue el género poético con el mayor número de publicaciones, donde se resaltan los trabajos de Romero (1985); Eduardo Carranza (1986); Casa de Poesía Silva (2000) y Cobo Borda (1987, 1995, 2003), quizá, el mayor historiador del género. Finalmente, puede decirse que el teatro cuenta con un cierto número de publicaciones, casi todas aparecidas a mediados del siglo XX. Son ejemplo de ello los trabajos de: Watson (1978); Arcila (1983); Vargas, Misael (1985); González (1986, 1988, 1989); Jaramillo (1992); Lamus (1998) y algunos sobre el teatro de la Nueva Granada, escritos por Ortiz (1983) y Orjuela (2000).

Los otros géneros apenas han contado con un trabajo sobre ellos. El cuento, con el trabajo de Pachón (1988) resaltado anteriormente, y el ensayo con el trabajo de Jiménez (1992). También existen trabajos que historian géneros híbridos (la narrativa: Jaramillo: 2000) o la agrupación de varios de ellos (Gómez, Eduardo: 1991).

Finalmente debe resaltarse que a finales del siglo XX e inicios del XXI aparecieron sobre el panorama literario latinoamericano, y por supuesto colombiano, una serie de documentos que se dedicaron a historiar lo que hasta el momento había recibido un espacio menor en las historias literarias tradicionales. Este nuevo impulso surgió paralelo a la moda teórica que trajo consigo la adaptación de los estudios subalternos y poscoloniales a América Latina o, en otras palabras, los llamados estudios culturales. Los grandes 'beneficiados' en el terreno nacional: la literatura escrita por mujeres (Jaramillo: 1991, 1995) y la literatura indígena (Orjuela: 2002).

Consideraciones en torno a la periodización de la literatura colombiana

Aunque los métodos de periodización expuestos hasta el momento han sido desde sus inicios cuestionados, no por ello se han dejado de utilizar alrededor del mundo, por ejemplo, durante inicios y mediados del siglo XX, paralelos a la aparición de concepciones tales como *sistema*, *código*, *horizonte de expectativas* y *tradicón literaria*.

En los estudios literarios colombianos la utilización de las diversas formas de periodización responde en cierto sentido al mismo cambio epistemológico sucedido años atrás en otras naciones latinoamericanas y, por supuesto, europeas. En general, se puede apreciar que los intentos de historiar la literatura de la nación de forma total fueron reemplazados por intentos parciales: ya sea que se intentara historiar una región geográfica (política-cultural) o un

género literario. De igual forma, se percibe cómo a lo largo de los años los intentos individuales fueron reemplazados por el trabajo de una comunidad de especialistas en el tema, así como del artículo de revista y el libro se pasó a formatos virtuales. La literatura nacional se dividió en los diversos movimientos y corrientes literarias, así como también se hizo por épocas históricas o épocas propuestas por el mismo historiador. A finales del siglo XX aparecieron las primeras historias que, desde los Estudios Culturales y las teorías de género sexual, historiaron aquello que no lo había sido desde un inicio, tales como la literatura indígena y la literatura escrita por mujeres.

Es decir, el paso del tiempo y los diversos cambios epistemológicos de los estudios literarios ha traído consigo la valoración crítica de lo que se había venido haciendo en la materia. Sin embargo, aunque el panorama puede resultar consolador, es claro que aún existen ciertos puntos de consideración, vitales para la reestructuración de la disciplina denominada como historia de la literatura, en nuestro caso específico, de la historia de la literatura colombiana.

Ya habíamos apuntado la necesidad de una rama que se encargue del estudio detallado de la forma en que se debe dividir la literatura para su propio conocimiento. La evaluación de las diversas formas en que lo han venido haciendo los historiadores en cada una de sus historias demuestra que no existen fundamentos claros. La periodización, la cual parece darse siempre por sentada, es el primer paso a discurrir a la hora de la escritura de una historia de la literatura. Conjuntamente, la definición del objeto a historiar, en este caso, la definición del concepto mismo, literatura colombiana, debe entrar en discusión.

Bibliografía

- Alstrum, James J., 2000, *La generación desencantada de Golpe de Dados: los poetas colombianos de los años 70*, Bogotá: Fundación Universidad Central.
- Alvarado, Harold, 1995, *Literaturas de América Latina*. Cali: Univalle, 3 Vol.
- Arcila, Gonzalo, 1983, *Nuevo teatro en Colombia. Actividad creadora y política cultural*, Bogotá: Ediciones Ceis.
- Ávila, Abel, 1996, *Visión caribe de la literatura colombiana*, Vol. XI, Barranquilla: Editorial Antillas.
- Bastidas Cuello, Rolando, 2001, *Historia de la literatura del Magdalena Grande*, Santa Marta: Universidad del Magdalena.
- Bedoya Sánchez, Gustavo Adolfo, 2006, *El concepto de realismo en cinco historias de la literatura colombiana (una revisión historiográfica)*, Trabajo de investigación para optar al título de Magíster en Literatura Colombiana. Medellín: Universidad de Antioquia.

- Bronx, Humberto, 1954, "Cincuenta años de literatura colombiana", *Letras Universitarias*, Medellín: s.e, XXXVIII, may-jun, pp. 11-13, 42-45.
- _____, 1995, *Historia de la novela, cuento, teatro, artistas y cinematografía de Antioquia*, Medellín: s.e.
- _____, 1994, *Historia de la poesía antioqueña*, Medellín: s.e.
- _____, 1980, *La novela y el cuento en Antioquia*, Medellín: Colección Academia Antioqueña de Historia.
- Caicedo de Cajigas, Cecilia, 1990, *La novela en el Departamento de Nariño*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Camacho Guizado, Eduardo, 1965, *Estudios sobre literatura colombiana, siglos XVI- XVII*, Bogotá: Ediciones Universidad de los Andes.
- _____, 1978, *Sobre literatura colombiana e hispanoamericana*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- _____, 1978/79, "La literatura colombiana entre 1820 y 1900", en: *Manual de historia de Colombia*, Tomo II, Bogotá: Procultura, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 613-693.
- Caparros, Carlos Arturo, 1961, *Dos ciclos de lirismo colombiano*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- Carranza, Eduardo, 1986, *Visión estelar de la poesía colombiana*, Bogotá: Biblioteca Banco de la República.
- Carranza, María Mercedes (ed.), 1991, *Historia de la poesía colombiana*, Bogotá: Casa de Poesía Silva.
- Casa de Poesía Silva, (ed.), 2000, *Poesía Colombiana Recorrido virtual: biografías, poemas, videos*, (CD-Rom), Bogotá: Casa de Poesía Silva.
- Chamorro, Jaime, 1987, *Aproximación a la historia de la literatura nariñense*, Pasto: Talleres Editoriales del Correo de Nariño.
- Charry Lara, Fernando, 1985, *Poesía y poetas colombianos*, Bogotá: Procultura, Presidencia de la República, Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura.
- Cobo Borda, Juan Gustavo, 1987, *Poesía colombiana 1880-1980*, Medellín: Universidad de Antioquia, Colección Celeste, 5.
- _____, 1995, *Historia portátil de la poesía colombiana (1980-1995)*, Bogotá: TM Editores.
- _____, 2003, *Historia de la poesía colombiana siglo XX. De José Asunción Silva a Raúl Gómez Jattin*. Bogotá: Villegas Editores.
- Correa, Ramón, 1942, *Historia de la literatura boyacense*, Tunja: Imprenta Departamental.
- Cortázar, Roberto, 1908, *La novela en Colombia*, Bogotá: Imprenta Eléctrica.
- Curcio Altamar, Antonio, 1957, *Evolución de la novela en Colombia*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, XXVIII.
- De Aguiar e Silva, 1986, *Teoría de la literatura*, España: Gredos.
- Díaz, Fernando, 1998, *Letras e historia del bajo Sinú*, Montería: Universidad de Córdoba, Fondo editorial, Librería Domus Libri.
- Díaz, Jaime, 2002, *Historia del teatro en Cartagena: de la colonia hasta nuestros días*. Medellín: Editorial Lealón.
- Estébanez Calderón, Demetrio, 1996, *Diccionario de términos literarios*, Madrid: Alianza Editorial.

- Garcés, José, 2000, *Literatura en el Sinú siglos XIX y XX*. Montería: Serie Literatura.
- Gómez Ocampo, Gilberto, 1988, *Entre María y La vorágine: la literatura colombiana finisecular (1886-1903)*, Bogotá: Ediciones Fondo Cultural Cafetero.
- Gómez Restrepo, Antonio, 1918, *La literatura colombiana*. París: Baillo-Bailleré, Separata de la *Revue Hispanique*, tomo XLIII.
- _____, 1926a, *Breve reseña de la literatura colombiana, La literatura colombiana*, Bogotá: Ediciones Colombia.
- _____, 1926b, “La literatura colombiana a mediados del siglo XIX”, en: *Bogotá. La literatura colombiana a mediados del siglo XIX*, Bogotá: Ediciones Colombia, pp. 137-177.
- Gómez, Eduardo, 1991, *Reflexiones y esbozos: poesía, teatro y crítica en Colombia*, Santa Fe de Bogotá: Fundación Simón y Lola Guberek.
- Gónima, Eladio, 1973, *Historia del teatro de Medellín y vejece*, Medellín: Tomás Carrasquilla.
- González Cajiao, Fernando, 1989, “El teatro en Colombia”, *Contextos*, Medellín: N° 3, abr, pp. 35-47.
- _____, 1986, *Historia del Teatro en Colombia*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, Colección Autores Nacionales, 3.
- _____, 1988, “El proceso del Teatro en Colombia”, en: *Manual de literatura Colombiana*, tomo II, Bogotá: Procultura, pp. 665-733.
- Grossmann, Rudolf, 1972, *Historia y problemas de la literatura latinoamericana*, Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente.
- Guanson, Sohn, 1978, *La novela colombiana de protesta social*, Bogotá: Ediciones Únincca.
- Gutiérrez Girardot, Rafael, 1986, *Aproximaciones*, Bogotá: Procultura.
- _____, 1978/79, “La literatura colombiana en el siglo XX”, en: *Manual de historia de Colombia*. Tomo III, Bogotá: Procultura, Instituto Colombiano de Cultura, pp. 447-535.
- Jaramillo, María Mercedes *et al.*, 2000, *Literatura y Cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*, Bogotá: Ministerio de Cultura, 3 vols.
- _____, 1995, *Literatura y diferencia: escritoras colombianas del siglo XX*. Medellín: Ediciones Uniandes, UdeA, 2 Vols.
- _____, 1992, *Nuevo teatro colombiano: arte y política*, Medellín: Universidad de Antioquia.
- _____, 1991, *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Jiménez Panesso, David, 1992, *Historia de la crítica literaria en Colombia*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Instituto Colombiano de Cultura.
- Lamus Obregón, Marina, 1998, *Teatro en Colombia: 1831-1886. Práctica teatral y sociedad*, Bogotá: Ariel.
- Landínez, Vicente, 2003, *Síntesis panorámica de la literatura boyacense*, Tunja: Biblioteca de la Academia Boyacense de Historia, Colección Siglo Veintiuno, No 2.
- Luque Valderrama, Lucía, 1954, *La novela femenina en Colombia*, Bogotá: Pontificia Universidad Católica Javeriana.
- Malatesta, Julián, 2003, *Poéticas del desastre: aproximación a la poesía del Valle del Cauca en el siglo XX*. (2ª ed.) Cali: Programa Editorial, Universidad del Valle.

- Manual de literatura colombiana*, 1988, Bogotá: Procultura, Planeta Colombiana Editorial, Colección Espejo de Colombia, 2 vols.
- Martínez, Guillermo, 1958, *Algunos prosistas del Valle del Cauca*, Cali: Imp. Departamental Biblioteca de Autores Vallecaucanos.
- Matos Hurtado, Belisario, 1925, *Compendio de la historia de la literatura colombiana para el uso de los colegios y de las escuelas superiores de la República*, Bogotá: Editorial Marconi.
- Maya, Rafael, 1961, *Los orígenes del modernismo en Colombia*, Biblioteca de Autores Contemporáneos.
- Mc. Grady, Donald, 1959, *La novela histórica en Colombia (1844-1959)*, Bogotá: Editorial Kelly.
- Mejía Rivera, Orlando, 2002, *La generación mutante: nuevos narradores colombianos*. Manizales: Universidad de Caldas.
- Menton, Seymour, 1978, *La novela colombiana. Planetas y satélites*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Molina, Juan José, 1872, *Antioquia literaria*, s.c: s.e, s.d.
- Mora, Luis María, 1936, *Los contertulios de la Gruta Simbólica*, Bogotá: Editorial Minerva, Colección Samper Ortega de Literatura Colombiana No 53.
- Morales Benítez, Otto, 1987, *Perfiles literarios de Antioquia*, Bogotá: Unal.
- Múnera, Alfonso, 1994, *Ensayos costeños de la Colonia a la República: 1770-1890*. Bogotá: Colcultura.
- Ocampo, Héctor, 2001, *Breve historia de la literatura del Quindío*, Bogotá: Cargraphics.
- _____, 2004, *La poesía, el teatro y el ensayo en el Quindío*, Armenia: Editorial Universitaria de Colombia, Cátedra de la quindianidad 6.
- Orjuela, Héctor H., 1986, *Estudios sobre literatura indígena y colonial*, Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- _____, 2002, *Historia crítica de la literatura colombiana. Introducción al estudio de las literaturas indígenas*, Bogotá: Editorial Guadalupe Ltda.
- _____, 1992, *Historia Crítica de la literatura colombiana*. Bogotá: Editorial Kelly, 3 tomos.
- _____, 2000, *El teatro en la Nueva Granada, Siglos XVI-XVIII*. Bogotá: Quebecor Impreandes.
- Ortega Ricaurte, José Vicente, 1927, *Historia crítica del teatro en Bogotá*. Bogotá: Talleres de Ediciones Colombia.
- Ortiz, Sergio Elías, 1983, "Notas sobre el teatro en el Nuevo Reino de Granada", *Platea* '33. Medellín: vol. 9, n° 70, jun, pp. 59-63.
- Ospina, Eduardo, 1927, *El romanticismo. Estudio de sus caracteres esenciales en la poesía lírica europea y colombiana*, Madrid: Editorial Voluntad.
- Otero Muñoz, Gustavo, 1942, *Historia de la literatura universal*, Bogotá: Librería Voluntad.
- _____, 1928, *La literatura colonial y popular de Colombia seguida de un cancionerillo popular*. La Paz: s.e.
- _____, 1935, *Resumen de la historia de la literatura colombiana*. Bogotá: Imprenta de La Luz. Librería Colombia.
- Pachón Padilla, Eduardo, 1988, "El cuento colombiano: historia y análisis", en: *Manual de literatura colombiana*, vol.2, Bogotá: Procultura, pp.512-588.
- Peña, Isaías, 1987, *Manual de la literatura latinoamericana*, Bogotá: Educar Editores.
- Peñarete Villamil, Fabio, 1969, *Así fue la Gruta Simbólica*. Bogotá: Tipografía Hispana.

- Pineda Botero, Álvaro, 2005, *Estudios críticos sobre la novela colombiana 1990-2004*, Medellín: Fondo Editorial EAFIT.
- _____, 1990, *Del mito a la posmodernidad: la novela colombiana de finales del siglo XX*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- _____, 1999, *La fábula y el desastre, Estudios críticos sobre la novela colombiana. 1650-1931*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- _____, 2001, *Juicios de residencia. La novela colombiana. 1934-1985*, Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, Colección Antorcha y Daga.
- Pöppel, Hubert, 2001, *La novela policiaca en Colombia*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- _____, 2000, *Tradición y modernidad en Colombia. Corrientes poéticas de los años veinte*, Medellín: Universidad de Antioquia, XIII.
- Rama, Ángel, 1985, "Autonomía literaria americana", en: *La crítica de la cultura en América Latina*. Selección y prólogos: Saul Sosnowski y Tomás Eloy Martínez. Cronología y bibliografía: Fundación Internacional Ángel Rama, Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 66-81.
- Ramos, Óscar, 2002, *Letras, sociedad y cultura en el Valle del Cauca*, Santiago de Cali: Academia Colombiana de la Lengua.
- Rincón Rozas, Raúl, 1939, *Historia del arte literario en Boyacá: su evolución sociológica*, Tunja: Imprenta Departamental.
- Rodríguez, Jaime, 2002, *Novela colombiana*. (CD-Rom). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. http://www.javeriana.edu.co/narrativa_colombiana/contenido/narrativa_col.htm#
- Romero, Luis, 2005, *Sueños del río: inventario breve de la literatura en Barrancabermeja*. Barrancabermeja: Fundación Somos.
- Romero, Armando, 1985, *Las palabras están en situación: un estudio de la poesía colombiana de 1940 a 1960*, Bogotá: Procultura, Presidencia de la República, Colección Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura.
- _____, 1988, *El nadaísmo colombiano o la búsqueda de una vanguardia perdida*. Bogotá: Tercer Mundo. Ediciones Pluma.
- Ruano, Jesús María, 1918, *Lecciones de literatura preceptiva*. Bogotá: Casa Editorial de Arboleda & Valencia, xx.
- _____, 1925, *Resumen histórico-crítico de literatura colombiana*, Bogotá: Editorial Santafé.
- Sanín, Rafael, 1924, *Historia del teatro en Medellín*. Medellín: Tipografía Industrial.
- Tejada, Ramiro, 2003, *Girones de memoria: crónica crítica del teatro en Medellín*, Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Trujillo, Patricia, 2003, "Períodos y generaciones en la historia de la poesía colombiana del siglo XX", *Literatura Teoría Historia Crítica*, Bogotá, N. 5, pp.127-146.
- Vallejo, Olga, 2005, "La historia de la literatura colombiana. Cuestionamientos teóricos y metodológicos. Hacia el planteamiento de un proyecto interinstitucional de investigación", *Estudios de Literatura Colombiana*, Medellín, No 17, jul-dic, pp. 201-218.
- Vargas Bustamante, Misael (comp.), 1985, *El teatro colombiano*. Bogotá: Ediciones del Alba.
- Vargas, Germán, 1986, "La literatura en la Costa Atlántica", *Conferencias sucursales*, Bogotá, No. 136.
- Vélez, Roberto, 2003, *Literatura de Caldas: 1967-1997. Historia crítica*, Manizales: Universidad de Caldas.

- Vergara y Vergara, José María, 1958, *Historia de la literatura de la Nueva Granada. Parte Primera. Desde la Conquista hasta la Independencia (1538-1820)*, Bogotá: Presidencia de la República.
- Viviescas, Víctor, 1992, "La historia del teatro en Medellín", *Revista Universidad de Antioquia*, Medellín, abr-jun, vol. LXI, No 228, pp. 84-97.
- Warren y Wellek, 1985, *Teoría literaria*, España: Gredos, (1953).
- Watson Espener, Maida y Reyes, Carlos José, 1978, *materiales para una historia del teatro en Colombia*, Bogota: Instituto Colombiano de Cultura.
- Williams, Raymond L., 1981, *Una década de novela colombiana. La experiencia de los setenta*, Bogotá: Plaza y Janés.
- _____, 1991, *Novela y poder en Colombia 1844-1987*, Bogotá: Tercer Mundo.
- Zuleta, Eduardo, 2000, *Literatura antioqueña 1880-1930*, Medellín: Imprenta Departamental, Colección Autores Antioqueños.